

nio. Muy joven, Latron se había entusiasmado por lo que los griegos llamaban *logos* y que los antiguos romanos denominaron *ratio*. Es la razón»<sup>15</sup>. De aquí la imposibilidad de elaborar un pensamiento sin relacionarlo, si no a una biografía, al menos con unos biografemas. Hasta habría que hablar, más que de biografía, de una «corpografía», conforme a la palabra inventada por Alain Buisine a propósito de Verlaine. *Las tabletas de boj de Apronemia Avicia* es ejemplar en este sentido<sup>16</sup>: no sólo porque la forma del diario escinde el tiempo en concreciones minúsculas de instantes, emociones, notas, según el modelo de las *Notas de la almohada* de Sei Shônagon, sino porque esa lógica diarista, esa economía de carné, hace aparecer al sujeto en el estallido caleidoscópico de un conjunto proteiforme. En especial, las reflexiones se mezclan indiferentemente con las anotaciones físicas o materiales, listas de carreras o de pequeñas felicidades que no manifiestan en última instancia otro saber que el corporal separado. Esta doble preferencia –el extracto más que lo abstracto, el percepto más que el concepto– funda, contra los procesos de la racionalidad, una suerte de fenomenología física del pensamiento.

### **El discurso reabsorbido en el relato: la «razón» fabuladora**

De paso, ya he dado unas cuantas características del relato quignardiano, que Bruno Blankeman ha propuesto designar como indecidible<sup>17</sup>. Sólo vuelvo sobre él para mostrar cómo el relato organiza la articulación entre la ficción y la crítica sobre la cual se asienta la escritura de Quignard. El personaje, según lo acabamos de ver, es indisolublemente cuerpo y pensamiento. El pensamiento pasa por el cuerpo que es su experiencia más que su soporte. Para restituirle la presencia, Quignard se informa en los archivos acerca de textos antiguos de los historiadores romanos y los cronistas medievales. Se apropia de estos materiales dando imagen a lo que carece de ella: las relaciones sexuales de Latron con la mujer osetia, por ejemplo, coito y posición de adormecimiento, surgen ciertamente de la ficción. No se trata de insertar lo novelesco en algo que no lo necesita, sino de dar cuerpo al relato. Siempre se nos informa sobre los elementos del pensamiento de La-

<sup>15</sup> Pascal Quignard: *La raison, Paris, Le Promeneur, 1990, página 13.*

<sup>16</sup> Pascal Quignard: *Les tablettes de buis d'Apronemia Avitia, Paris, Gallimard, 1984.*

<sup>17</sup> Bruno Blankeman: *Les récits indécidables: Jean Echenoz, Hervé Guibert, Pascal Quignard, Villeneuve d'Ascq, Presses Universitaires du Septentrion, 2000.*

tron: «Latron dice que...» conforme a las fórmulas que preservan la distancia desde la cual los recibimos. En cuanto se produce una distorsión lógica fuerte entre la irrupción del cuerpo sexuado y un pensamiento distanciado de la palabra descrita, se confunde al lector, se perturba su propia consciencia del tiempo, escindido entre sensaciones de presencia y de distancia. Por el enunciado adquiere la violencia de un cortocircuito, da brutal presencia al otrora, lo obliga a irrumpir en los olvidadizos territorios del presente.

Las cosas se complican aún más por el hecho de que el material bioficticio provee la materia del estudio ausente: nunca Quignard glosa ni comenta el pensamiento. Éste sólo vale y adquiere sentido y potencia en la relación entre dos órdenes, el físico y el intelectual, cuya intrincación en el texto ocupa el lugar del discurso. Es notable constatar en este sentido qué pobre es el texto quignardiano en argumentaciones, en qué medida ese estilo se niega a toda fórmula deductiva o demostrativa, pues «las conjunciones obstaculizan el impulso» (RS, 72), escribe a propósito de Longino. Y precisa, hablando esta vez de Mario: «(...) no son los argumentos agrupados, deductivamente reunidos, dispuestos, si no con razón, al menos con sentido, formando un sistema o precisando la psicología de un hombre que se confiesa. Son imágenes eficaces, suertes echadas cada día sobre el tapete de la situación, para organizarla. Que gane el mejor jugador» (RS, 41-42). Quignard apuesta, aparentemente, por la imagen y contra el concepto. Él mismo subraya su manera de pensar sin conceptos: «Mi manera de meditar sin conceptos, mi deseo de dirigir mi atención sólo hacia las relaciones polarizadas, angustiosas, intensas, que animan los sueños y viven bajo las palabras, más contradictorias que ambivalentes, remiten al tiempo que precede a la historia y a las primeras ciudades»<sup>18</sup>. Negándose a jerarquizar, desordena el lenguaje: «Longino recomienda el asíndeton, la anáfora, todas las rupturas de ligazones de las que puede disponer el retórico. El nudo desorden del lenguaje desordena el pensamiento que se busca (...)» (RS, 72). Sin duda, al leerlo, se advierte que Quignard ha hecho suyas estas recomendaciones. Manifiesta una notable desconfianza hacia cualquier ordenancismo del pensamiento que fije el movimiento de investigación.

Hay un valor positivo en el desorden y el despiece, porque no deshacen el pensamiento ni lo dispersan sino que lo equilibran por medio

<sup>18</sup> *Pascal Quignard: Vie secrète, Paris, Gallimard, 1998, página 204.*

de un vigor enunciativo fuerte como pocos, que recurre al aserto sin llamado: «Denomino retórica especulativa a la tradición letrada antifilosófica que recorre toda la historia occidental desde la invención de la filosofía. Dato el teórico acontecimiento en Roma, en 139» (RS, *Inci-pit*, II). Estas nítidas afirmaciones (Quignard emplea a menudo el verbo ser modulado con autoridad: es, no es, nunca lo fue), estas aserciones yuxtapuestas sin construcción, producen ínsulas de pensamiento, incontestables fragmentos de verdad en bruto, antípodas de los «fragmentos harapientos» que denuncia *Una molestia técnica respecto a los fragmentos*. Michel Deguy ya lo advirtió: «Los ingredientes de la escritura siderante (de Quignard) son la aserción, la erudición, los neologismos, la enumeración, el asíndeton, la transgresión, la fabulación; o, más ampliamente, la potencia de afirmación, la erudición ilimitada, la relatinización de la lengua (...)»<sup>19</sup>. La potencia asertiva corrige la fragmentación: la escritura procede por medio de mazazos y perforaciones, como sigue diciendo Deguy: «lleva al colmo, hiperbólicamente, el tono de la enunciación verídica»<sup>20</sup>.

Ya se ha hecho notar cómo esta enunciación se teatraliza magistralmente. Uno de sus rasgos principales es la datación cortante, fulgurante, como esta frase de *Sombras errantes*: «Dato la mundialización de la guerra sobre la corteza terrestre en el año 1853»<sup>21</sup>, que es un ejemplo entre tantos. A veces, estas dataciones parecen estar desfasadas y ser marginales. El escritor explica esta opción en *Retórica especulativa*: «En las novelas históricas me parece hábil utilizar la técnica de los chinos, según la cual sólo se hacen saber las fechas cuando aportan irrealidad, o sea cuando son totalmente inútiles (...) Es decir, cuando la precisión se convierte en fantasma histórico» (RS, 182).

Desorden e irrealidad, enunciación fulgurante y desligazón lógica valen así como otra episteme. El pequeño relato titulado «La razón» ilustra magistralmente estos principios. Quignard retoma por su cuenta, como le gusta hacerlo, la definición de la novela que daba Albucio: «(...) el único descanso de etapa del mundo donde la hospitalidad es ofrecida a los más sórdidos»<sup>22</sup>, cosas groseras y concretas. La razón, título de este relato, reposa sobre las acciones de pensamientos aislados

<sup>19</sup> Michel Deguy: «L'écriture sidérante», en: *La raison poétique*, Paris, Galilée, 2000, páginas 192/3.

<sup>20</sup> Ibidem, página 194.

<sup>21</sup> Pascal Quignard: *Les ombres errantes*, cit., página 87.

<sup>22</sup> Pascal Quignard: *Albucius*, cit., página 37.

y de anotaciones concretas. Son las ciencias humanas contemporáneas las que se interesan en los residuos y deshechos, luego el psicoanálisis que colecciona actos fallidos, lapsus y defectos de la historia, hasta los etnólogos de todo género, que se ocupan de las reliquias, las materias y los materiales de los diversos pueblos. El trabajo de Quignard es consonante con tales empresas mayoritariamente surgidas de los paradigmas científicos de fines del siglo XIX<sup>23</sup>, pero sumerge estas disciplinas en las formas más antiguas de los esbozos cognitivos: «Los casos clínicos de los psicoanalistas son los cuentos de Grimm del siglo XX» (LS, 149), escribe y propone sin cesar nuevos relatos, cuentos petrificados de aquel saber (por ejemplo: «El nombre en la punta de la lengua»). Lo mismo, su interés por lo más sórdido perfila esa forma particular de la etnología contemporánea ilustrada, entre otros, por los trabajos de François Dagognet. Es así como sus escritos, de género indecible, reúnen bajo las especies de una singular enunciación las conquistas de una inesperada erudición y de las ciencias humanas más actuales, pero como digeridas por la ficción crítica que las demanda de modo oblicuo, incidental o alusivo.

*Traducción: Blas Matamoro*

<sup>23</sup> Ver Carlo Ginzburg: *Mythes, emblèmes, traces*, Paris, Flammarion, 1989; el mismo: «Signes, traces, pistes: racines d'un paradigme de l'indice», *Le Débat*, n° 6, noviembre de 1980; y, por lo que atañe a Pascal Quignard: Dominique Viart: «Une éthique de la minutie», en *Revue des sciences humaines*, n° 260, invierno del 2000, páginas 62/73.